

ventureros habían tenido buen cuidado de llevarse consigo al pobre Toniotto.

Estos se internaron por el campo, dejando las ruinas de Pompeya á su izquierda, y marchando en dirección á Angri.

En un recodo del Sarno, en medio de un frondoso oasis formado de hermosos árboles, se elevaba una quinta de aspecto sombrío que parecía haber sido edificada en tiempo de la dominación española. Las ventanas de la fachada exterior estaban todas cerradas.

Fiamma, que marchaba delante, se detuvo y dijo: —¡Es aquí!

Fulvio le tendió la mano.

—Ya tienes tus instrucciones—le dijo;—vosotros, Cucuzone y Ruggieri, también tenéis las vuestras. Partid inmediatamente para Nápoles y volved pronto. Os aguardo.

Y penetró por los bosquecillos que cerraban la quinta.

Fiamma le siguió mucho tiempo con mirada triste.

Cuando le hubo perdido de vista, juntóse á sus dos compañeros que se dirigían al pueblo de Angri.

Allí hallaron caballos y partieron al galope para Nápoles.

Antes de entrar en la ciudad se separaron.

Ruggieri y Cucuzone bajaron al puerto. Fiamma se dirigió á la calle de Mantua, donde estaba la casa de los Folquieri.

XI

Una narración de Mariotto

La noche precedente, hacia la hora en que nuestros cuatro aventureros se deslizaban silenciosamente bajo el bauprés de la falúa para llevar á

cabo una sorpresa que les hizo dueños de una tripulación de sesenta hombres, Nápoles se hallaba en un estado de sorda agitación. Esta agitación se revelaba, como es costumbre en los países naturalmente bulliciosos, por una necesidad desordenada de movimiento que atraía la muchedumbre al anochecer á los lugares de reunión popular.

Apiñábase particularmente en los alrededores del puerto, como si se tratase de una fiesta pública.

Pero no se notaba alegría; al contrario, la locuacidad napolitana presentaba en esta circunstancia un carácter triste é inquieto.

Era sobre todo en la avenida di-Porto, feria permanente, donde aquella noche se habría podido tomar el pulso á la ciudad.

Los mercaderes vendían poco, y ¡cosa inaudita! veíanse obligados á pregonar sus mercaderías. Parecía que los napolitanos tenían otra cosa en qué pensar y que daban tregua á las necesidades de la vida.

A las ocho de la noche todas las cocinas ambulantes habían apagado sus fuegos.

Las solas personas ocupadas eran los noveleros é improvisadores.

Estos anunciaban que el Vesubio humeaba y echaba llamas, que habría un temblor de tierra, y sobre todo se ocupaban de los acontecimientos extraños y dramáticos que habían ocurrido hacía unos días. Empezaban á traspirar misteriosos rumores. Cada uno creía saber alguna cosa ignorada de los demás y se abrasaba literalmente por saber más.

Pasábase de un improvisador á otro. Aquellos que pasaban por mejor enterados tenían centenas de oyentes.

Mariotto, nuestro Mariotto, el gracioso de la mu-

chedumbre napolitana, los habría tenido á millares. Pero Mariotto no estaba allí.

En su lugar, Luigi el Siracusano, ocupaba su mismo puesto bajo el grupo de la fuente de las Tres Vírgenes.

—¡Trinidad santa, hermanos míos!—exclamaba después de haber contado no sé qué historia.—¿Mariotto os diría más y mejor? Hay nombradía como macaroni. Por ejemplo, el macaroni de la Sabbiona es el más sabroso y el que cuesta menos.

Después de haber soltado pérfidamente este ataque celoso, Luigi prosiguió detallando sus noticias. Entre estas deslizó la especie de que el doctor Pedro Falcone, antes de partir para el Abruzzo había ido á visitar á una anciana que vivía en la casa de los Folquieri y que á la noche si-

—Sí, hermanos míos—decía Luigi el Siracusano,—he aquí á un hombre á quien debe pesarla la conciencia... Dios me libre de hablar mal de Su Excelencia Spurzeim, el cual se enlaza con una demente ¡compasión! Pero Pedro Falcone ha obrado de un modo vil. ¿No sabéis que el cadáver de Manuel Giudicelli fué llevado á la cámara real? Pues bien, Pedro Falcone había ido á visitarle bajo pretexto de substituir al médico del príncipe Fulvio.

—¡Fulvio! ¡el príncipe Fulvio Coriolani!—interrumpieron de todos lados;—¿dónde está? ¿qué hace? ¡háblanos de él!

—El príncipe Fulvio Coriolani—empezó Luigi dándose importancia,—y el bandido Porporato, son una misma y única persona.

Estas palabras causaron un gran murmullo

—¡Vaya una noticia!—gritaron unos.

—Se burla de nosotros—exclamaron otros.

—¡Abajo Luigi! ¡abajo! ¿dónde está Mariotto?

Los clamores se cambiaron de súbito en una estrepitosa carcajada.

Acababa de aparecer Mariotto.

Este había llegado por detrás de Luigi, el usurpador, y siguiendo silenciosamente el reborde de la concha de la fuente, precipitóle en el fango y el agua, «haciéndole la zancadilla,» como se dice en el lenguaje de los hombres de acción.

—¡Bravo Mariotto!

Mariotto, no contento con haber sumergido á su desgraciado rival, le miraba chapuzarse y le ultrajaba en sus apuros.

—¡Haragán!—le decía desde lo alto de su trono reconquistado,—pícaro tartamudo, machacador de noticias que circulan por las calles hace un siglo, yo te enseñaré á profanar el puesto de Mariotto para contar tus historias del tiempo del diluvio.

—¡Bravo Mariotto!

—¡Ah! tú has descubierto que Coriolani y Porporato son una misma persona, paloma mía. ¿Cuánto te ha costado esa noticia? No te me acerques, malvado, ó te rompo el cráneo de un taconazo.

Luigi se levantó cubierto de lodo como un dios marino é iba á su encuentro mostrándole los puños.

—¡A la girella, mis verdaderos amigos!—exclamó Mariotto con inquietud;—¡vengad á vuestro buen servidor!... ¡Dadle vueltas hasta que se ahogue! ¡á la girella!

Luigi quiso huir, pero ya era tarde.

El desgraciado sufría el terrible movimiento de rotación que llevó á Peter-Paulos á un cuarto de legua de su punto de partida.

Muy luego cesáronse de oír sus gritos dominados por el clamor unánime de:

—¡Bravo Mariotto! ¿de dónde vienes? ¡Habla, habla Mariotto!

El improvisador en boga impuso silencio al gentío que le rodeaba con un gesto majestuoso.

—Cada uno trabaja en su oficio según su conciencia; ¿no es esto, queridos míos?—exclamó en tono enfático;—hay sortijas del valor de medio carlín y las hay que valen un palacio. Lo mismo sucede con los improvisadores. ¿Creéis que me estoy con los brazos cruzados en el umbral de mi puerta esperando que pasen noticias?

—¡Oh, no, Mariotto! ¡Bravo! ¡bravo! Noticias si las traes y pronto!

—¡Si las traigo! voy á deciros cosas que el rey mismo quizá no las sabe todavía.

El gentío onduló; ¡sabía Mariotto poner tan bien la miel en la boca de su auditorio!

De súbito entristeciése su semblante.

—Todo lo sé—murmuró Mariotto,—pero sólo lo diré á vosotros que sois mi clientela y hacéis vivir á mi familia. ¡Vamos, querubines míos! mucho siento tener que hacer contribuir á personas tan dignas como vosotros, recogedme algunos carlines para los macaroni de mi estimada esposa.

Un número bastante crecido de monedas de cobre cayeron á sus pies.

—¡Voy á hablaros de Porporato!—repuso bruscamente,—de lo que se ha hecho del príncipe Fulvio Coriolani y de muchos otros, vivos ó muertos. ¡Unos torneses más, mis bienhechores!

Otras monedas fueron á juntarse á las primeras.

Mariotto se bajó, contólas con semblante desdeñoso, y las introdujo en su bolsillo refunfuñando.

—¿Conocíais á Stéfano Marinone, cabo del regimiento Búffalo?—empezó.

—Sí, por cierto—respondieron todos.

—Un *bon vivant*, ¿no es verdad? Era primo de mi pobre mujer, y heme aquí de duelo, porque Stéfano ha muerto.

—¿De veras? ¡Muerto! ¿cómo?

—Si no estuviésemos de luto por Stéfano, lo estaríamos por Paolo Pescatore, mi sobrino, padrino de mi último hijo. ¿Conocíais á Paolo Pescatore, soldado de los dragones de la guardia?

—Sí, mucho. ¿También ha muerto?

—El y cien otros y más de mil con ellos. ¡Ah! ¡corderitos míos, cuando digo que sé más que el rey!

—Pero ¿qué es lo que sabes, Mariotto?

—¡Pobre regimiento Búffalo! ¡pobres dragones! Esos haraganes que charlan y aullan sobre los guardacantones, ¿podrían contaros dónde y cómo Fernando de Borbón (que Dios guarde) ha perdido tres mil soldados, todos jóvenes y robustos?

No se oyó más que un grito.

—¡Tres mil soldados! ¿dónde ha sido la batalla?

—Oíd bien, amigos míos—dijo Mariotto adoptando un tono sentimental;—no es para beber vino de Sicilia, ¡oh! no, ni para llevar á mi boca bocados delicados. Ya me conocéis, soy sobrio, pero tengo obligaciones, y ¡qué obligaciones! Stéfano ha dejado una esposa. Paolo tenía hijos, es necesario alimentarlos á todos, ¿no es verdad? Si queréis que os cuente la más espantosa historia que jamás hayáis oído, protectores míos, la historia de tres mil soldados del rey muertos por un puñado de bandidos, es necesario recogerme de una vez un ducado entero, á fin de que la viuda y los huérfanos tengan mañana que comer.

¿Lo creeréis? no fué cosa difícil. Mariotto temía haber pedido demasiado, pero el ducado fué recogido en un abrir y cerrar de ojos: ¡tanto la pasión de saber dominaba á este gentío!

—¡Dios os lo devolverá centuplicado, amigos míos!—exclamó alegremente Mariotto introduciendo la moneda en el bolsillo;—es para una buena obra.

—Ya os acordaréis, ¿no es verdad? que estaban

aquí y allí, detrás y delante de nosotros, por todas partes, ¡por todas! En el mismo lugar en que estamos, ¿no visteis hace ocho días á Cucuzone, el maldito saltarello, agacharse á los pies de la santa imagen de la Virgen, y cortarme la palabra diciéndome al oído: «El-hierro es fuerte y el carbón es negro?»

—¿Cómo sabéis esto, Mariotto?—interrumpió uno de los oyentes demasiado curioso.

—Giovan, mi único amigo—respondió el improvisador dulcemente.—Si el gran Gaspardo estuviese aquí ya te hubiera sacudido las orejas. Pues qué ¿no hay nadie para hacer de polizonte? No ignoro, Giovan, que eres un espía pagado para saber lo que pasa cada noche en el largo di Mercato, y también sé que ejerces tres ó cuatro oficios de malvado. ¡Cuidado con los bolsillos, los que estáis cerca de él!

—¡Te atreves!...—empezó aquel pobre diablo de Giovan, que era tan honrado como es común serlo en Nápoles.

—Si no me lo quitáis de delante—interrumpió Mariotto,—nada más diré; su fisonomía de miseria hiela las palabras en mi boca.

Giovan fué expulsado. Mariotto repuso:

—¿En dónde estaba? ¡Ah! ¡ah! os decía que por todas partes pululan los malvados Compañeros. Yo he conocido alguno—interrumpió guiñando el ojo misteriosamente,—que valía todo lo que pesaba, el marinero Sansovina siempre tenía la mano abierta, Beccafico, Privato y muchos otros eran buenos perillanes. En fin, no hay como los muertos para no volver...

Tanto es así que como el mismo señor Johann Spurzeim también lo era; vosotros lo sabéis tan bien como yo... Pero ¡Trinidad santa! aquel lo era con todo honor, y por el mejor servicio del rey...

La prueba está en que él había afiliado al pro-

pio médico de S. M., el sabio doctor Pedro Falcone, que habría subido muy alto, mis amigos verdaderos, si por desgracia... Pero vais á ver.

Este doctor Pedro Falcone era el brazo derecho del señor Spurzeim. Mas el señor Spurzeim muda con frecuencia de brazo derecho...

Pues ¿no se dice ahora que la esposa de este respetable ministro, la ilustre Bárbara Spurzeim, ha muerto envenenada? ¡Pobre señora! el doctor Falcone la asistía... y he oído contar que la noche de su fallecimiento, el mencionado doctor había permanecido en la casa del Mercato desde la tarde hasta el amanecer. Pero esto no nos interesa.

Lo importante es que el señor Johann, maestro del Silencio, sabía todos los secretos de la asociación.

Conocía el camino que conduce al misterioso palacio edificado en el monte por el papa Borgia, denominado el castillo de Púrpura.

¿Me escucháis, camaradas míos?

La pregunta era excusada. En derredor de Mariotto no se veían sino cabezas inclinadas y bocas abiertas. En todos los rostros se veía pintada la más viva curiosidad.

—¡Por San Genaro!—exclamaron dos ó tres voces,—¡si respiramos tus palabras, Mariotto!

—Enhorabuena, mis verdaderos amigos; ¡esto prueba que conocéis lo que es bueno! Pero era imposible que el señor Spurzeim abandonase á Nápoles, donde su presencia es tan importante, para ir en persecución de bandidos. Por otra parte, el digno ministro no vive sino por gracia de Dios y no podría sobrellevar un viaje tan largo...

Así, pues, llamó á Pedro Falcone á su gabinete y le descubrió el secreto de la montaña. Existe un plano trazado sobre un pliego de papel con explicaciones, y era necesario, porque el camino que guía al castillo de Púrpura es difícil.

Pedro Falcone se llevó el plano, el cual dice: Tomad tal camino, volved aquí, luego allá; en fin, lo necesario...

Y ¿queréis saber por qué Su Excelencia el señor Spurzeim había depositado su confianza en Falcone?

Porque este Falcone tenía que vengarse de Porporato, quien en otro tiempo le sopló la querida...

—Pero ¿cómo sabe todo esto ese condenado de Mariotto?—exclamaron algunos admiradores demasiado fogosos.

—¡Dejad hablar! ¡Dejad hablar!—aulló la muchedumbre.

—Pedro Falcone—repuso el improvisador,—tenía su *vendetta* que cumplir. Así, aceptó con entusiasmo la misión de conducir los soldados del rey en persecución de los Compañeros del Silencio.

Llevaba consigo la sortija de hierro del barón de Altamonte, signo de la maestría, que obliga á todo compañero á una obediencia ciega.

Vosotros habéis visto partir á los soldados. Todos salieron alegres, creyendo correr á una victoria fácil.

Parecía un ejército: todo el regimiento Búfalo, dos batallones de gendarmes, dragones, caballería ligera, ¡qué sé yo!

Hace años que no se había visto un aparato semejante en este país de paz.

Pero no es esto todo: al propio tiempo el puerto militar enviaba una docena de buques á cruzar á lo largo de las costas del sur.

¡Y todo por bandidos! ¿no os causa extrañeza?

Ahora prestadme la más profunda atención, mis buenos amigos, pues es aquí donde la historia se hace más interesante.

Las tropas atravesaron en buen orden el principado ulterior y se separaron en dos cuerpos en los alrededores de Sant-Angelo del Lombardi. El re-

gimiento Búfalo, los dragones y un batallón de gendarmes pasaron á la Basilicata; el resto, es decir, un batallón de gendarmes, la caballería ligera y un batallón de la guardia de á pie, descendió al principado citerior, al otro lado de los montes.

Pretendíase cercar el Sila donde está situado, á lo que parece, el maravilloso castillo de Púrpura.

Pedro Falcone marchaba con el primer cuerpo.

En el segundo iban, en calidad de voluntarios, Malatesta, Sampieri, Marescalchi, Colonna y otros que habían jurado la muerte de nuestro Fulvio Coriolani.

Quando digo *nuestro*, sigo una añeja costumbre, pues nosotros no tenemos nada de común con los bandidos.

Levantóse un ligero murmullo entre la muchedumbre.

Mariotto, guiñando el ojo y bajando la voz, repuso:

—Era el protector de los pobres, mis dignos camaradas, y quisiera por mi parte, pero no vasesen así. Todo en él era regio, su semblante, su porte, su corazón. ¿Quién vió nunca cerrada la mano de Coriolani? El oro caía de la portezuela de su carruaje como benéfica lluvia.

Pero, en fin, maldígale Dios, supuesto que el respetable señor Spurzeim le ha proscrito.

El primer cuerpo llegó de noche entre Auletta y Brienza.

Pedro Falcone hizo levantar tiendas.

Bebióse y hubo jolgorio.

Yáis á repetirlo, que los verdaderos príncipes fue-

Se resolvió que el ataque empezaría el otro día por la mañana.

El verdadero jefe de la expedición era Pedro Falcone. Además le acompañaban el caballero Ber-noni, teniente coronel del regimiento Búfalo, y el mayor de gendarmes Pietro Frascati.

A las cinco de la mañana, los Búfalos y dragones penetraron en el monte siguiendo el curso del torrente Ghezzeo. Falcone llevaba su plano en la mano, y guiaba la expedición con paso seguro, sin vacilar, como si hubiese pasado toda su vida recorriendo salvajes malezas.

Es un país asolado, triste, casi desierto. Los flancos del monte presentan grandes grietas por donde se exhala un olor de azufre insoportable. Muchas gentes creen que esas hendiduras de las cuales salen á veces nubes de humo son las verdaderas bocas del infierno.

Acá y acullá, pastores miserables situados en las cimas de las peñas, contemplan con sorpresa el paso de la expedición.

Los Búfalos hacían prisioneros á todos los que podían coger y les preguntaban:

—¿Por dónde se sube al castillo de Púrpura?

Ellos respondían sobrecogidos:

—No somos niños para creer en cuentos de viejas.

En las mismas laderas del monte donde está situado, nadie sabía el lugar del castillo de Púrpura.

Entretanto Pedro Falcone caminaba siempre, consultando su plano y penetrando resueltamente á través de los vericuetos más inaccesibles.

¡Ah! ¡creedme! ¡era el camino de la casa del diablo!

A medida que adelantaban, las crestas se hacían más altas, las cimas más escarpadas, las rocas más amenazadoras. Ya no se veían pastores en los valles, ni cazadores de gamuzas en los picos.

De súbito apareció entre dos cascadas el álveo del torrente cubierto de un denso hielo. La temperatura, tan apacible al principio, adquirió una

extrema crudeza, y un poco más adelante los Búfalos tuvieron que abrirse paso entre la nieve.

Conozco, compañeros míos, que ardéis en deseos de preguntarme cómo he adquirido todos estos detalles.

Pronto voy á sacaros de dudas: ya sabéis que mi corazón no es malo; no me gusta hacer sufrir.

Yo no he inventado nada de lo dicho; ¡oh! no. Esto es bueno para los haraganes sin fe ni ley á quienes escucháis cuando yo no estoy aquí.

Hijos míos, he visto por mis ojos, por mis propios ojos, á uno de los desgraciados que han salido con vida de la espantosa empresa.

—¿A quién? ¿á quién?—preguntaron todos.

—Al gendarme Misalta, primo lejano de mi pobre esposa por parte de los Róspoli de Pompeya. Misalta á quien visteis pavonearse por las calles apenas hace ocho días, hoy no tiene más que una pierna, el brazo derecho fracturado, su pobre cabeza es toda un cardenal... Y ¿sabéis por qué no estaba en mi puesto de honor á la hora acostumbrada? porque había ido á adquirir noticias de Misalta al hospital militar de Pórtici para traéros las á vosotros, mis bienhechores.

La muchedumbre sintió como un escalofrío.

Cuando Mariotto llamaba así á su auditorio, era casi siempre presagio de una nueva colecta.

Pero esta vez su excelente corazón no podía pedir para sí, sino para Misalta, el infortunado gendarme.

Medio duro para tan gran desgracia ¿era demasiado pedir? Diósele el medio duro.

—¡Henos ahí en lo alto de la montaña, amigos míos!—repuso, buscando una nueva inspiración en esta modesta ofrenda.—Figuraos que eran las cuatro de la tarde y que nuestros hombres trepaban desde el amanecer.

Estaban rendidos de fatiga.

Delante de ellos se extendía un inmenso bosque de pinos, cuyas copas cubiertas de nieve se dilataban hasta perderse de vista. A la derecha había un precipicio sin fondo; á la izquierda un pico, el último, alejado cerca de una milla y que el sol poniente hacía brillar como un colosal carbúnculo.

Pedro Falcone (¡Dios le tenga en su gloria! porque en la hora que os hablo ya no existe), se detuvo en este lugar y dijo:—¡Allí está!

Todos miraron alrededor: veíase una montaña cubierta de nieve, pero no se observaba huella de obra humana.

El caballero Bernoni y Pietro Frascati preguntaron á Falcone:—¿A dónde nos habéis llevado?

—A la puerta del castillo de Púrpura—respondió el médico endiablado.

Volvieron á mirar y sólo vieron el blanco velo de nieve.

Digo mal, vieron algo más, porque escapóse de todos los pechos un grito de estupor.

¿Qué era pues?

En la cima del pico alumbrado por el sol poniente y elevado como un gigantesco pedestal, había una estatua.

Una estatua de color de escarlata que hubiese parecido de encendido pórfiro, si el viento no agitara los pliegues de su manto de púrpura.

Era un hombre que se apoyaba inmóvil y arrogante en el luciente cañón de su larga carabina.

A los rayos del sol distinguíanse los menores detalles de su traje y su persona. No llevaba un hilo en la ropa que le cubría que no fuese colorado.

La pluma de su sombrero, bermeja como la flor del cactus, flotaba sobre sus espaldas.

Y desde aquella altura en que se hallaba, el orgulloso rey de la montaña parecía lanzar una

mirada desdefiosa sobre los impotentes enemigos que iban á intentar el sitio de su fortaleza.

El caballero Bernoni y el mayor Pietro Frascati (los dos han muerto, hermanos míos), pronunciaron juntos un nombre que corrió de fila en fila hasta llegar á los últimos soldados.

Apuesto, compañeros míos, que todos habéis adivinado el nombre pronunciado por el coronel, por el mayor y por los dos mil soldados que le seguían...

Mariotto hizo una pausa.

La muchedumbre se agitó y murmuró estas cuatro sílabas mil veces repetidas en voz baja:

—¡Porporato!... ¡Porporato!...

XII

Del peligro de contar las historias demasiado bien

El improvisador prosiguió con voz alterada:

—¡En efecto, él era, amigos míos! el rey de las tinieblas, el señor de los montes ignotos, el hermoso demonio como se le llama; era Porporato siempre en guerra, siempre vencedor.

Sólo él y el arcángel caído poseen esa mirada que turba el corazón.

Los soldados se estremecieron, los jefes también. Pedro Falcone tenía un alma de bronce.

El doctor le señaló con el dedo y dijo:

«—¿Me preguntaréis aún dónde os he conducido? ¡He ahí el bandido condenado! ¡No se nos escapará!»

Al propio tiempo (sea porque los que no son del monte no saben medir la distancia, ó porque se había apoderado un vértigo de Pedro Falcone), cogió la carabina del gendarme que tenía más cerca.

Apuntó, hizo fuego, y los ecos devolvieron la explosión como una burlona carcajada.